

ADVIENTO - DOMINGO 4º - CICLO C**T E X T O S**

DE LA PROFECÍA DE MIQUEAS (5; 1-4)

Esto dice el Señor:

Mas tú, Belén Efratá, pequeña entre las aldeas de Judá,
de ti saldrá el jefe de Israel.

Su origen es desde antiguo, de tiempo inmemorial.

Por eso él los abandonará hasta el tiempo
en que dé a luz la que ha de dar a luz.

Entonces el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel.

El se alzará y pastoreará con el poder de Yahveh,
con la majestad del nombre de Yahveh su Dios.

Habitarán tranquilos,

porque se mostrará grande hasta los confines de la tierra.

El será nuestra Paz.

DE LA CARTA A LOS HEBREOS (10; 5-10)

Cuando Cristo entró en el mundo dijo:

No quieres sacrificios ni ofrendas;
pero me has formado un cuerpo.

No aceptas holocaustos ni sacrificios por el pecado.

Entonces dije:

¡Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad!

Dice primero:

No quieres ni te agradan sacrificios y oblaiones y holocaustos y sacrificios por el pecado - cosas todas ofrecidas conforme a la Ley -

Después añade:

Aquí estoy yo ahora para hacer tu voluntad.

Niega lo primero para afirmar lo segundo. Y en virtud de esta voluntad somos santificados, por la oblación del cuerpo de Jesucristo, de una vez para siempre.

DEL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS (1; 39-45)

En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo; y exclamando con gran voz, dijo: " Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá."

TEMAS Y CONTEXTOS

LA PROFECÍA DE MIQUEAS

Miqueas predica en el Reino del sur, Judá, en torno al año 700 aC, y es contemporáneo de Oseas y de Isaías. Son los tiempos en que va a desaparecer el Reino del Norte, Israel, a manos de los asirios (721 aC), tiempos en que la predicación se hace muy radical, avisando a Judá de que su mal comportamiento le puede acarrear la misma suerte.

En medio de las predicaciones de Miqueas aparece el texto que hoy leemos. Anuncia el nacimiento de un salvador, y su procedencia, la estirpe de David. Es una manifestación de la esperanza mesiánica del pueblo: nacerá un salvador de la estirpe de David. (lo que viene a significar, depurando el mensaje, "un nuevo David", un conductor del pueblo que lo conducirá por los caminos del Señor.) Así pues "la estirpe de David" significa "un nuevo rey-salvador", y "Belén Efratá" es un circunloquio para denominar a esa estirpe, puesto que la familia de David procedía de Belén.

Este texto es interpretado en el Nuevo Testamento como aplicado a Jesús en Mateo 2,6 expresamente y en Juan 7,42. Se muestra en esas citas la creencia extendida en Israel en tiempos de Jesús sobre la procedencia del Mesías, y también la interpretación al pie de la letra de la "profecía".

Esta interpretación al pie de la letra no es correcta. Simplemente, Israel espera "un nuevo David", un rey salvador del pueblo. Que nazca en Belén o que su ascendencia genealógica llegue hasta David no son más que formas plásticas de proclamar esa fe. Esta es una de las razones por las que el nacimiento de Jesús en Belén es discutido por muchos autores, que lo consideran un modo plástico del evangelista para afirmar que Jesús es el Mesías que esperaban. Otros autores, sin embargo, manteniendo ese significado, se decantan por la veracidad histórica del nacimiento en Belén.

Sea de esto lo que sea, hay que insistir en que el texto aplicado a Jesús muestra la primera fe cristiano/judaica, en que Jesús es precisamente "el que esperaban", "el que había de venir", pero hay que añadir que los evangelios de la infancia muestran con insistencia en que no es como lo que esperaban, no se parece nada al Rey conquistador, y ése será precisamente el mensaje global de Marcos y muy especialmente el mensaje de los relatos de la Pasión.

LA CARTA A LOS HEBREOS

La teología de esta carta, que nos resulta tan lejana a veces, se esfuerza en presentar a Jesús utilizando imágenes del culto de la Antigua Ley (el Sumo Sacerdote, el Sacrificio ...). Aquí se aprovecha una cita del salmo 40, acomodándola un poco, para referirla a Jesús. Se presenta a Jesús como superación de los sacrificios del Antiguo testamento, como ofrenda definitiva ante la cual todas las anteriores quedan derogadas.

Llama la atención lo explícito de las dos afirmaciones:

"No quieres sacrificios ni ofrendas ...

No aceptas holocaustos ni sacrificios por el pecado."

Y se substituyen estas ofrendas por otra: "Aquí estoy yo ahora para hacer tu voluntad".

El "sacrificio" que es Jesús no se refiere a su muerte, sino a su vida entera, entregada a hacer la voluntad de Dios. Ésa es la ofrenda agradable al Señor.

De todas maneras. esta teología del sacrificio, tan utilizada, tiene un grave peligro: entender que Dios necesita ser aplacado con sangre (icon la sangre de su Hijo!), que sólo va a conceder su perdón "ablandado" por el sacrificio de su hijo. Desgraciadamente, esta interpretación extremosa se ha utilizado con frecuencia, falseando de modo patético la imagen de Dios. Por no insistir en el tema, que ya conocemos, baste con recordar que es el Padre el que salva, el que es Abbá. Porque es Abbá y salva "no escatima ni siquiera su propio Hijo" (Romanos 8). Una teología sanamente derivada del Evangelio entenderá siempre a Dios como el padre del Hijo Pródigo, no como al Todopoderoso indignado que se aplaca con el olor de la sangre de los sacrificios.

Nuestra lectura de estos textos debe insistir por tanto en que en Jesús, en su "cuerpo", es decir en su humanidad, en su entrega a la misión hasta la muerte, es donde vemos la voluntad salvadora de Dios. En Jesús conocemos al Padre, viendo a Jesús entendemos a Dios como Salvador.

El autor de la carta, por tanto, a pesar de su lenguaje tan afín al Antiguo Testamento, ha sabido entender en qué consiste el sacrificio: en la entrega de la vida a la voluntad de Dios. Por supuesto, las expresiones "Cuando Cristo entró en el mundo dijo..." o "entonces dije..." no son más que escenificaciones de la entrega de Jesús a la voluntad del Padre.

EL EVANGELIO DE LUCAS

En estos domingos hemos leído fragmentos del evangelio de Lucas, pero "al revés", empezando por el capítulo 3º (la predicación del Bautista) para retroceder ahora al capítulo 1º, en que el Bautista (y Jesús) están aún en el seno de su madre.

Lucas ha construido el principio de su evangelio como un anuncio del Mesías, haciendo un paralelismo sistemático entre Juan y Jesús: el capítulo 1º se dedica a la concepción y nacimiento del Precursor; el capítulo 2º a la concepción y nacimiento de Jesús. El capítulo 3º, en su primera parte, a la predicación del precursor; en su segunda parte, presenta a Jesús, señalado por el Bautista como "el que ha de venir". Así, Juan, desde el seno de su madre y en su predicación, es el Profeta enviado por Dios para "preparar el camino".

Nuestra liturgia ha invertido el esquema de Lucas: en los domingos anteriores vimos la predicación de Juan, y ahora retrocedemos a tiempos en que Juan y Jesús están en el vientre de sus madres. Esto se hace sin duda para preparar inmediatamente el acontecimiento del nacimiento de Jesús, puesto que la escena que leemos sucede nueve meses antes de él.

La clave de interpretación de estos textos nos la da la mención expresa y repetida de "El Espíritu Santo". Aquí es Isabel la que, llena del Espíritu, reconoce quién es la que le visita y quién es el que está ya en el seno de María.

Es la intención común de Lucas (y Mateo) con sus evangelios de la infancia: Jesús es "fruto del Espíritu". Primero en Juan Bautista como Precursor y luego en Jesús como

Mesías, se está realizando la Obra de Salvación de Dios. Los ojos de carne no ven más que dos mujeres embarazadas, como más tarde en Belén sólo verán un niño pobre recién nacido; los ojos de la fe, por la fuerza del Espíritu, reconocen ahí la presencia de Dios Salvador.

Es una pena que el texto de Lucas haya quedado en la liturgia tan mutilado. A continuación de las palabras de Isabel vienen las de María, el cántico que llamamos el "Magnificat", en que se expresa la totalidad del anuncio: el Espíritu no muestra solamente un milagro de presencia sino un modo de presencia: el anuncio a los pobres y el rechazo a los poderosos. Es también el mismo mensaje del relato del nacimiento: la señal ofrecida por Dios no es coro de los ángeles ni las luces celestiales sino un niño pobre que nace en una cuadra.

REFLEXIÓN

En el último Domingo de Adviento, la Iglesia centra su atención, más que en las ideas de "la venida del Señor", en "El que viene". El que viene es Jesús, y el anuncio más inmediato de la venida se hace en el Evangelio de Lucas que leemos hoy: María está embarazada y su pariente Isabel es la primera "mensajera" humana del que va a nacer. Isabel proclama ya quién es el niño que aún está en el vientre de María, y para reconocerlo apela a la fe: hay que saber quién es este niño, que para los ojos normales será un niño normal y para los ojos de la fe será "El Señor". Todo esto se introduce con el bello texto de Miqueas y se interpreta en el texto de la carta a los Hebreos.

Las palabras que pone Lucas en boca de Isabel forman parte, junto con las palabras del ángel en la Anunciación, de nuestra más bella oración a María: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre". Y las últimas palabras de la escena resumen extraordinariamente bien un eje esencial de nuestra fe:

"Dichosa tú que has creído
porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá"

Estas palabras nos centran en lo esencial de nuestra preparación de la Navidad: tiempo de creer, de intensificar nuestra fe en Jesús, en Dios Salvador.

Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

Estas palabras pueden entenderse como referidas a Israel. El nacimiento histórico del Mesías cumple sus esperanzas. Pero a nosotros nos importa más otro significado. Dios no nos va a defraudar.

La vida humana nos tienta a veces de desesperanza, y la contemplación de la locura del mundo nos lleva a pensar que Reino es una utopía forjada por la mente de un iluso, que pagó con su muerte en la cruz sus fantasías de salvación universal. Las dos preguntas más vitales son: ¿qué va a ser de mí? Y ¿tiene remedio la humanidad?.

El panorama de nuestra propia vida es de mediocridad consentida. No creemos en nuestra capacidad de cambiar. No sentimos la fuerza de la semilla, no experimentamos la levadura de Dios que va fermentando nuestra masa.

El panorama de la humanidad es trágico: inmensas multitudes de desamparados, de muertos de hambre, enfermedades que podemos curar y siguen matando a los más

pobres porque no es lucrativo fabricar los medicamentos adecuados: niños que no saben más que matar: enormes intereses económicos que fabrican muerte para hacer inmensas fortunas; estados que proclaman alianzas de civilizaciones y fabrican y venden armas a los países más pobres para esclavizarlos más; economías dilapidadoras que sólo creen en comprar, gastar, disfrutar, enteramente ajenas al dolor del mundo; religiones que sólo parecen atender su propio prestigio, que procuran imponerse por la fuerza incluso matando... ¿tiene remedio todo esto?

Es verdad que en nuestro tiempo hay profetas, quizá más que en ningún otro tiempo de la historia; profetas a los que vamos matando, físicamente o desautorizándolos o amordazándolos. El poder civil, el poder económico, nuestra desaceptación práctica y aun el poder religioso se encargan de silenciarlos y hasta de eliminarlos. Son una llamita frágil y vacilante en un océano agitado y poderoso.

Todo esto siembra en nosotros la desesperanza, la resignación, y es un llamamiento a la vulgaridad de la fe y a la mediocridad.

Y éste es precisamente el desafío de Jesús, de nuestra fe en él, y el mensaje básico de los evangelios de la infancia y de la cruz: creer en él, creer que, a pesar de todo lo que se ve, "Dios estaba con Él". Si Dios estaba con él, es que Dios apuesta por la humanidad.

Delante del niño indefenso y pobre, delante del crucificado, decir "Creo en ti" es una apuesta valiente.

Y delante del niño y del crucificado, decir "creo en ti" significa "quiero ser como tú" y "creo que vivir como tú es lo mejor para mí y para el mundo".

"Ser como tú" es creer en la semilla y en la levadura y es también creer en la humanidad como Dios mismo ha creído en ella.

La fe en el niño crucificado lleva a la esperanza. Es la fe en el amor de Dios que resplandece en el niño crucificado lo que nos hace creer en el amor como fuerza definitiva de la humanidad.

PROFESIÓN DE FE

Yo creo en un niño pobre
que nació de noche en una cuadra,
arropado sólo por el amor de sus padres
y la bondad de la gente más sencilla.
Yo creo en un hombre sin importancia
austero, fiel, compasivo y valiente,
que hablaba con Dios como con su madre,
que hablaba de Dios como de su madre,
contando, llanamente, cuentos sencillos,
y por eso molestó a tanta gente
que al final lo mataron,
lo mataron los poderosos, los santos, los sagrados.
Yo creo que está vivo, más que nadie,
y que en él, mas que en nadie,
podemos conocer a Dios
y sabemos vivir mejor.
Y doy gracias al Padre
porque Él nos regaló este Niño
que nos ha cambiado la vida,
y nos ha dado sentido y esperanza.
Yo creo en ese niño pobre,
y me gustaría parecerme a Él.

ALGUNAS LECTURAS Y TEXTOS PARA PENSAR UN POCO EN NAVIDAD

TEXTO 1.

LA SEÑAL

Tenían razón los sacerdotes, los letrados, los santos fariseos, cuando le exigían a Jesús una señal. ¿Qué señal nos das para que podamos creer en ti?. No eres más que un carpinterillo de pueblo que se ha lanzado a predicar novedades: ¿en nombre de quién, con qué autoridad, qué señal das de ti mismo, por qué tenemos que creerte?

Una señal debería ser convincente, irrefutable: una luz prodigiosa caída de los cielos, una curación asombrosa, un enemigo fulminado por un rayo celeste ... Los judíos pedían señales, ese tipo de señales y las siguieron pidiendo hasta la cruz: "baja de la cruz y creemos en ti".

Pero la señal ya estaba dada. No a Herodes, no al templo, no al Sanedrín, no a los doctores. A cuatro pastores soñolientos. Nada más. A un matrimonio desamparado. Nada más. Una señal del cielo. Ya está usted pensando en el coro de los ángeles cantando el "Gloria a Dios en las alturas" en medio de resplandores. No, lea usted otra vez el evangelio de hoy, ésa no era la señal. La señal era mejor: un niño pobre, nacido en una cuadra, amparado sólo por sus padres, en mitad de la noche. Ésa era la señal, la señal de que podíamos tener esperanza, de que el pueblo acababa de recibir lo que necesitaba de parte de Dios.

Cualquier cosa puede ser una señal para el que la entiende; para el que no la entiende, no significa nada. Los que hemos creído en Jesús entendemos la señal. Los que no entienden esta señal, es que no han creído en Jesús.

El mismo Jesús volvió a dar otra vez, más claramente, cuando ya era un adulto y predicaba en las sinagogas: Juan le ha mandado a unos discípulos: "¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro?". Y Jesús: "Los cojos andan, los ciegos ven, la Buena Noticia se ofrece a los pobres... Id a decírselo a Juan". Juan entendió, seguro que entendió.

Ésta era y sigue siendo la señal de Jesús: un niño pobre sin más amparo que sus padres pobres. Cuatro pastores, bastos, incultos, despreciados. Ciegos, tullidos y leprosos que se libran de su maldición. Pecadores invitados a compartir la mesa del Profeta. Esa es la señal, una buena señal

Y más aún: doctores acusando de herejía, santísimos y respetados fariseos escandalizados, sacerdotes al acecho del revolucionario... ¡qué buena señal!

Y todavía hay más: el Templo amenazado de destrucción, purificado de mercadeos, utilizado impunemente para enseñar la nueva doctrina. ¡Estupenda señal!

Las señales de Jesús, tan poderosas que le costaron la vida. Los que mejor entendieron las señales de Jesús fueron los sacerdotes: se dieron cuenta inmediatamente de que la cosa estaba entre Jesús y ellos; uno u otros tenían que morir. Y decidieron matar, porque habían entendido perfectamente la señal: que Dios es de los pobres y para los pobres, que a Dios le entienden los pobres y se entiende

desde los pobres. Los pobres, la mayoría de la gente del mundo, los que no tienen el corazón en el dinero porque no tienen dinero y saben que nunca lo tendrán. Ni los ricos ni los santos ni los sacerdotes ni los doctores entienden ni reciben a Jesús. Las señales de Jesús les llevan a identificarlo con el mismísimo demonio. La luz resplandece en las tinieblas, pero las tinieblas se cierran, como un espeso muro de brea impenetrable que pretende trabarse, absorber, matar la luz.

La señal: un niño pobre que nace en circunstancias bien precarias: que Jesús nazca así es una magnífica señal. Jesús nace "con buen pie". Si hubiera nacido en Jerusalén, junto al Templo, hijo de sacerdotes o de reyes, todos podríamos decir: "más de lo mismo", Dios presente en el poder, en lo sagrado, en lo ritual, de arriba abajo, entre inciensos y aclamaciones de los de siempre... más de lo mismo. Pero Jesús no es más de lo mismo.

No les falta razón a los que atacan y desenmascaran a las religiones como instrumentos de poder, al servicio de los instalados de la sociedad, bajo capa de un Poder superior que les avala y exige sumisión de la gente normal. No les falta razón, pero Jesús es al revés. Jesús es buena gente del pueblo, como tantos, carpintero/albañil como su padre, aldeano de un poblacho marginal: se pasa la vida apretujado por las buenas gentes de las aldeas del lago, evitando la orgullosa Tiberias: no es doctor, no es de la secta de los santos, no es esenio separado y puro. Es sanador popular, narrador ambulante de parábolas tan comprensibles que los sabios no las entienden. ¡Qué buena señal! Por fin, alguien se ha atrevido a quitarles Dios a los ricos, los puros, los sagrados, y devolvérselo a la gente, para que no sea poder sino medicina, para que no necesite alimentarse de oros inciensos y mirras sino que se haga pan para que todos coman... Por esa señal, por eso creemos en Jesús.

Y por eso no pocas veces nuestra iglesia no resulta creíble. Porque quizá hemos vuelto a encerrar a Dios en un templo de oro. Porque quizá hemos vuelto a hablar de Dios tan sabiamente que la gente ni nos entiende ni les importa nada, porque hemos vuelto a atar a Dios al trono de joyas de lo sagrado, porque los importantes de la iglesia no son pobres, - hasta tal punto que consideramos un gran avance hacer una "opción preferencial por los pobres" ... nosotros, la iglesia, los que nos somos pobres -

Una buena señal, y una mala señal: la buena, que a Jesús le recibió con alegría y con entusiasmo la gente normal, pobre y despreciada, "esos malditos que no conocen la Ley", y lo mató la gente bien, los sacerdotes, los ricos, los sabios, los puros: una buena, muy buena señal. Y una mala señal: históricamente, los importantes de la iglesia son las clases altas, occidente burgués, teólogos de salón, y han quedado en el margen, o fuera, o muy lejos, masas obreras, despreciados campesinos del altiplano... que vuelven a ser a los ojos de los importantes "esos malditos que no conocen la Ley".

Nuestra celebración de la Noche Buena será una señal: será una muy buena señal si en esa noche no hay en nuestro entorno ningún hambriento sin socorrer, ningún enfermo sin atender, ningún preso sin visitar, ningún solitario sin acompañar ... Si la iglesia es universal, si estamos en todas partes, esto debería pasar en todas partes del mundo. Sería La Señal.

Nochebuena será una mala, muy mala señal si nos encerramos en la celebración familiar cenando bien, sólo con los amigos – porque no nos van a pedir nada – mirándonos al ombligo de nuestro propio bienestar sin más. Y peor todavía si hemos puesto un belén como adorno, con pastores monísimos y una luz azul en el portal para que se vea bien que no nos importa nada que el niño y sus padres sean pobres y están en apuros. Y peor todavía si luego nos vamos a la misa del gallo a ver a Dios entre resplandores, inciensos y coros celestiales. Muy mala señal: señal de que para nosotros Jesús, un niño pobre nacido para los pobres, no es nuestro Dios, que no hemos entendido, o no queremos entender LA SEÑAL.

TEXTO 2

TODO EL MUNDO SONRÍE

Navidad, Navidad, dulce Navidad, suene el pandero, suene el rabel, noche de paz, ¡qué alegría en la tierra, qué bella aurora!

El niño Jesús es una preciosidad, rubio y nacarado, con melenita y ojos azules; sus manitas se levantan en gesto de bendición.

María, José y los pastores son guapos y están limpios. La túnica de María es azul y rosa: la de José, ocre y añil. Los pastores visten sus trajes típicos y sonríen.

Y arriba, los ángeles cantan, ¡gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz!

Todo precioso, conveniente, resplandeciente como corresponde a la Divinidad. Creo que nos gusta el portal de Belén entre otras cosas, quizá sobre todo, porque el niño, como todos los niños, es inofensivo. Sólo sirve para la ternura y no amenaza a nada, no compromete gran cosa.

Nos han acostumbrado a leer los evangelios de la infancia, de Mateo y Lucas, como evangelios de paz y de ternura. ¿Quiere usted hacer la prueba de leerlos con ojos limpios, sin nada previo? Son importantes: se trata del Nacimiento del Mesías.

El Mesías nace mal, de manera inconveniente. Sus padres no son nadie: vienen de un pueblo de Galilea que nadie conoce: mala patria para un profeta, Galilea de los gentiles. Son artesanos pobres, sin cualificación ninguna. Su madre se tiene que poner en viaje en vísperas de dar a luz: se alojan en Belén de mala manera, a María le llega su hora y tienen que bajarse a la cuadra para tener un poco de intimidad. Del nacimiento del Mesías sólo se enteran una cuadrilla de pastores, marginales mal vistos por la gente decente.

En cuanto nace, se desata la violencia. Herodes desencadena una matanza y los tres se convierten en exiliados. Cuando la cosa se calma un poco, regresan y desaparecen en su olvidada aldea galilea: empiezan los años oscuros: no ha pasado nada: ¿ha nacido alguien importante para Israel?

Quizá el que mejor lo vio fue Lucas, y lo cuenta muy bien en la escena de la presentación del niño en el Templo. No aparece ningún sacerdote, ningún reconocimiento oficial, ningún signo celeste.... aparecen dos ancianos a punto de

morir, "que esperaban" - ¿sólo ellos en mitad del Templo? - al salvador. Y Simeón se viste de profeta y anuncia: que el Niño no es para Israel sino para todos los pueblos; que en Israel será rechazado por muchos; que será más que todo una espada; que esa espada se clavará también en el corazón de su madre.

A veces me parece que el único villancico acertado es aquel que dice: "Todo el mundo sonríe, sólo Dios llora". Porque los evangelios de la infancia se parecen muchísimo a los relatos de la Pasión: todo el mundo esperaba a otro Mesías: un jefe victorioso, un libertador político, un conquistador, para gloria de su pueblo ... Y se encontraron con un crucificado, rechazado por casi todos, humillado, vencido y desacreditado. Y es que nació ya así: olvidado por todos, pobre, marginal, perseguido, exiliado, desconocido. Pero ahí estaba Dios: en la cruz y en el pesebre: en las tinieblas del Calvario y en la noche de Belén.

Las consecuencias de todo esto son bastante evidentes, pero no las solemos sacar bien. Solemos hablar de humildad, de sacrificio redentor... y está bien sin duda: pero hay algo mucho más importante: la esencia de la religión: Dios no está en el éxito ni en el oro, ni el trono, ni siquiera en el templo como tal. Dios no trabaja desde arriba, con poder de imposición, con éxito de propaganda, con desfiles triunfales, con popularidad ante poderosos, con reconocimientos oficiales, con amigos ricos, con apariciones estelares. Dios está debajo, dentro, en silencio, como una semilla que muere para dar fruto, para ser luego molida para ser pan, para que todos se alimenten. Como un modesto pellizco de levadura, desapercibida en la masa, que la fermenta desde dentro, en silencio, como si nada sucediese. Dios tiene pocos amigos entre los poderosos, pero es una Buena Noticia para la gente sencilla, para marginales, para los poco importantes.

Jesús fue fiel a su nacimiento hasta la muerte. Evidentemente, el niño no elige su modo de nacer ni sus circunstancias; en nuestro caso, ni siquiera sus padres parece que pudieron elegir. Pero el niño crece y puede elegir. Y Jesús eligió marginalidad, sencillez, alejarse del éxito político y social, alejarse del mesianismo triunfante. Eligió a sus colaboradores: ningún sacerdote, ningún sabio escriba, ningún rico, ningún importante de este mundo. Eligió a sus amigos: pescadores, campesinos, mujeres - con lo mal visto que era entonces (y quizá para algunos también ahora) - publicanos... Y se pasó la vida hablando de Buenas Noticias - que eran malísimas para los santos fariseos, los sabios escribas y los poderosos sacerdotes - y curando todo lo que podía, **PORQUE DIOS ESTABA CON ÉL.**

Todo eso terminó por llevarle a la cruz, pero había empezado ya en la cuadra de Belén. Y hoy, al celebrar la Navidad en esta iglesia nuestra del 2009, vuelvo a sentir la letra del villancico como una inquieta llamada: "Todo el mundo sonríe" ¿Quién sonríe? ¿Los que vivimos bien? ¿Los que tenemos salud, dinero y amor y encima nos creemos "en el Reino"? "Sólo Dios llora". ¿Quiénes lloran? ¡Ah!, esto sí que es fácil de contestar: millones y millones de personas que no pueden vivir con la dignidad de hijos de Dios, para los que una Buena Noticia sería simplemente estar seguros de que hoy comerán, de que hoy nadie les matará ni les comprará para dedicarlos a la prostitución, o, más elementalmente, que alguien les quiere...

Nochebuena, noche buena ... ¿para quién?. ¿Será verdad que todo el mundo, todo mi mundo, sonríe, sin darse cuenta de que Dios llora?

TEXTO 3**UN RECUERDO HISTÓRICO**

El cuarto domingo de adviento de 1511 marcó un hito espectacular la conciencia moral de España respecto a "las Américas" recién descubiertas. Subió al púlpito un predicador dominico, Fray Antonio de Montesinos, y anunció que su sermón versaría sobre el versículo del capítulo III del Evangelio de san Mateo: «Soy una voz que clama en el desierto.»

Un predicador dominico era todavía una novedad en Santo Domingo, de manera que aquel día la iglesia se llenó de colonos, entre los que figuraban algunos veteranos que estuvieron en la isla con Cristóbal Colón, otros que llegaron con Ovando y otros con Diego Colón. Los dominicos tenían fama de ser grandes predicadores. Sin embargo, el sermón fue un extraordinario desafío para los colonos. Fray Antonio de Montesino dijo: «Para os los dar a cognoscer [nuestros pecados contra los indios] me he subido aquí, yo que soy voz de Cristo en el desierto desta isla, y por tanto, conviene que con atención, no cualquiera, sino con todo vuestro corazón y con todos nuestros sentidos, la oigáis; la cual será la más nueva que nunca oísteis, la más áspera y dura y más espantable y peligrosa que jamás no pensasteis oír.»

Montesino habló con tal energía que algunos de los presentes creyeron estar oyendo ya la voz del Juicio Final. El dominico prosiguió en estos términos: «Esta voz, dijo él, es que todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas? [...] ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin dadles de comer ni curallos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir, los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? ¿y qué cuidado tenéis de quien los doctrine, y conozcan a su Dios y criador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿Estos, no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amallos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos? Tened por cierto, que en el estado que estáis no os podéis más salvar que los moros o turcos.»

Fray Montesino salió entonces de la iglesia con orgullo, con «la cabeza no muy baja» y dejando a los colonos atónitos. Nunca se habían parado a pensar demasiado en los indios que estaban a su cargo ni creían estar haciendo nada malo con ellos. Varios destacados colonos (cabe imaginar que entre ellos estuvieron Diego de Alvarado, el secretario de Colón, Rodrigo de Moscoso, Juan Mosquera, Juan de Villoria y Pedro de Atienza, por mencionar a algunos de los más ricos encomenderos) fueron a ver al gobernador para pedirle que el predicador fuese castigado por escandalizar o propagador de una nueva doctrina...